

LITERATURA. *Teoría del ritmo i metro de los antiguos, segun don Juan María Maury (1).*—Artículo del finado señor don Andrés Bello.

Si bastase un estenso conocimiento de la literatura moderna, una no grande versacion en los clásicos latinos, i un sentimiento delicadísimo de los efectos del ritmo en las lenguas romances, para explicar el *sistema métrico* de la poesía griega i romana, nadie hubiera podido acometer la empresa que hemos indicado en este epígrafe con mejor éxito que don Juan María Maury, autor de *L'Espagne poétique* i de la epopeya de *Esvero i Almedora*; notabilísima la primera por el diestro manejo de dos versificaciones, la castellana i la francesa, i sembradas ambas de pasajes brillantes de imaginación i armonía. Pero me parece que el señor Maury presumió demasiado de sus fuerzas, si, como dice la Revista de Madrid, pensó echar a rodar la doctrina adoptada por siglos en las aulas europeas, atribuyéndolas a rancias preocupaciones de pedagogos que no entendian lo que enseñaban, i carecian, no solamente de filosofía, si no de sentido común; como si los profesores de latinidad hubiesen inventado una doctrina nueva, i no la consignada habia mucho siglos en los escritos de los filósofos i gramáticos. Hubiera sido de desear que don Juan María Maury se hubiese tomado el trabajo de explicarnos la multitud de pasajes relativos a la materia, que se encuentran en Ciceron i Quintiliano, i que se hallan en abierta oposicion con sus asertos.

Uno de los principios fundamentales que este caballero asienta es que “todas las versificaciones posibles son rejidas por el acento.” Pero si es así, i si en los metros griegos i latinos tiene tanto imperio el acento, no se comprende cómo es que los antiguos, contrayéndose a tratar de esta materia no lo nombra siquiera, i solo mencionan como base i medida de la metrificación la cantidad, esto es, lo breve o lo largo de las sílabas. ¿Confundian ellos, como algunos españoles contemporáneos, las sílabas largas i breves con las agudas i graves, que ordinariamente llamamos acentuadas e inacentuadas? No queremos acumular citas que los intelijentes podrian mirar como un vanidoso alarde de trivial i

(1) Me refiero exclusivamente a dos artículos de la *Revista de Madrid* (octubre i diciembre de 1841) en que se da noticia i se trasladan algunos trozos de una *disertacion* de don J. M. Maury sobre el ritmo i metro de los antiguos. No he tenido la fortuna de leerla i entiendo que permanece inédita.—A. B.

manociada erudicion. Me valdré solamente de las mas obvias. Platon, (Conviv.) hablando del ritmo i del acento, dice que lo primero resulta de lo tardo i lo veloz, i lo segundo de lo agudo i lo grave. Con que lo tardo i lo veloz, es decir, la duracion o cantidad, de una sílaba, se diferencia de lo agudo i lo grave, es decir del acento. Segun Aristóteles (Poet. cap. XX), los sonidos elementales de las palabras difieren unos de otros por los movimientos de los órganos con que se pronuncian, por ser o no aspirados, por ser largos o breves, i *ademas* por ser agudos o graves: no podía significarse con mas claridad la distincion entre lo agudo i grave por una parte, lo largo i breve por otra. Ciceron dice (De Oratore III): *Omnia longitudinum et brevitatum in sonis sicut aculearum graviumque vocum judicium natura in auribus nostris collocavit*. A no ser que Ciceron haya querido comparar una cosa consigo misma, es necesario entender que *longitudines et brevitates in sonis* con una cosa, *acutas gravesque voces*, otra. Quintiliano, así mismo, (Orat. I. 5.) enumerando los varios vicios en que podia incurrirse pronunciando el latin, señala entre otros el de alargar las vocales breves i abreviar las largas, i el de hacer agudo lo grave i grave lo agudo: sea esta distincion fundamental, todo lo que los antiguos dejaron escrito sobre su lengua i versificacion es un caos. Maury no va tan lejos como los escritores contemporáneos a que aludimos; pero reconociendo esa distincion, subordina completamente la cantidad al acento. ¿Cómo es pues que los antiguos, al tratar del ritmo i del metro, se fijan en la cantidad i no consideran para nada el acento? Aun en prosa, de tan superior importancia era la cantidad, que Ciceron, hablando de la estructura material de los periodos, insiste grandemente en la colocacion de ciertos piés (combinaciones determinadas de largas i breves) en ciertos pasajes del período oratorio, i nada nos dice de sílabas agudas o graves.

Sabido es que los latinos tomaron de los griegos su exámetro heroico. Ahora bien, la acentuacion del exámetro griego es absolutamente diversa de la del exámetro latino. En la composicion de los piés, i en la compensacion de una sílaba larga por dos breves, ambos exámetros convienen; pero en las cadencias, en la distribucion de los acentos, no se descubre semejanza. Así Virjilio no termina jamas sus exámetros por una diction esdrújula (a no ser que, como en

Inseritur vero ex feto nucis arbutus horrida;
Et steriles platani malos gessere valentes.

la última sílaba del esdrújulo en que termina un verso forme sinalefa

con la primera sílaba del verso siguiente); al paso que nada es mas comun que las terminaciones esdrújulas en los exámetros griegos.

Acaso se nos argüirá que en el raciocinio precedente damos por ciertas las reglas de la acentuación antigua, espuestas o señaladas por los gramáticos, i contra las cuales reclama el señor Maury. Pero él mismo las admite siempre que cuadran con su teoría. Yo no hago mas que discurrir sobre los mismos datos.

Pero hai una cosa en que su teoría está en pugna con la práctica establecida. Segun esta, fundada en la espresa doctrina de Quintiliano, ninguna dición latina recibe acento agudo sobre la última sílaba, al paso que segun la asercion de Maury no existe impedimento alguno para hacer agudos los vocablos latinos. Cuenta por nada la autoridad positiva de Quintiliano, a quien acaso miraba como un preceptor ignorante i preocupado. Pero en favor de su sistema aduce un argumento que nos parece mui poco meditado. He aquí sus palabras: “hablando en castellano decimos *amór*; pero leyendo latin pronunciamos *ámor*. Se ñores, ¿porqué? ¿De qué modo les parece a Uds. que que aprenderian esta voz nuestras abuelas conquistadas? ¿Seria en los libros, o por el oído? Paréceime que si de alguna palabra latina podemos presumir que seguimos la pronunciacion tradicional, de esta es.”

El señor Maury no reflexionó que la palabra de que se trata tuvo diferentes formas en latin; *ámor*, *amóris*, *amórem*, *amóre*, *amóres*, *amórum*, *amóribus*; i que en la gran mayoría de los casos en que nuestras *abuelas conquistadas* tenian que hacer uso de esa palabra i conserraban el modo de pronunciar de los conquistadores, no podian menos de acentuarla muchas veces sobre la *ó*, i mucho menos frecuentemente sobre la *á*. ¿Qué debió, pues, suceder cuando, olvidada la declinacion latina de todas las referidas formas, no quedaron mas que dos, una para el número singular i otra para el número plural? ¿Qué acento era natural que diesen a esta forma? Sin duda el de la *ó*, que habia sido, fuera de toda comparacion, el de mas frecuente uurrencia. Esto mismo se observa en la gran mayoría de los nombres castellanos en que se trasformaron los nombres latinos; de manera que por el mismo argumento de Maury se justifican las reglas de acentuacion de los pobres catedráticos de latinidad, a quien él mira con tanto desden, i que en realidad nada mas han hecho que seguir fielmente la doctrina de los antiguos filósofos i gramáticos.

Mas, antes de pasar adelante esponamos àquel otro principio fundamental, que es el alma de todo el sistema de Maury: “La versifica-

cion clásica se resuelve acentuando la primera sílaba de cada pié; i i solo así se resuelve. Segun esto, recitando aquellos versos de Virjilio,

Frigida vix cælo noctis decesserat umbra.
Cum ros in tenera pecori gratisimus herba,

los acentuaríamos de este modo:

Frijida vix cæló noctis deccésserat úmbra
Cúam ros in tenerá pecorí gratisínus hérba.

Aquí ciertamente no es mucha la disparidad entre los dos sistemas; pero, adoptando la teoría de Maury tenemos que pronunciar todavía *cæló*, *noctis*, contra la práctica ordinaria que es la de todas las naciones en que se cultiva el latín, exepcto la Francia, en cuyo idioma el acento está sujeto a leyes especiales.

Hai multitud de casos en que los dos sistemas presentarian diferencias mas notables que las anteriormente indicadas. Los ejemplos abundan, no solo en Horacio, que se propuso emplear en sus Sátiras una versificación aparentemente descuidada, sino en las poesias de tono mas elevado, como las épicas, didácticas i elejicas. Para hacer

OBSERVACIONES METEREOLÓJICAS.

125

Diciembre.—1865.							
DIAS.	HORAS.	BARÓMETRO.	TEMP. DEL MERCURIO.	BARÓMETRO REDUCIDO A 32° F.	TEMP. DEL AIRE.	ESTADO DE LA ATMÓSFERA.	FASES DE LA LUNA
		m. m.		m. m.			
		700. +		700. +			
13	2	16.56	69.2	14.09	78.0	Despejado.	
	10	17.82	68.5	15.39	65.0	„	
	19	18.40	67.2	16.05	65.5	„	
14	2	19.94	70.0	14.41	81.1	„	
	10	17.25	69.7	14.74	62.1	„	
	19	17.16	67.6	14.79	68.6	„	
15	2	16.23	71.1	13.63	82.9	Nublado al S.O.	
	10	17.90	71.5	15.27	63.2	Despejado.	
	19	19.78	68.8	17.32	62.3	„	
16	2	18.69	71.8	16.03	80.7	„	
	10	17.40	70.2	14.86	66.5	„	
	19	18.35	67.9	15.96	69.3	„	
17	2	17.74	72.0	15.07	85.2	„	
	10	17.67	73.7	13.89	71.3	„	Luna nueva.
	19	19.28	71.3	16.66	71.5	„	
18	2	18.88	74.5	16.04	81.6	„	

nidad de la acentuacion? Hasta para encarecer la pequeñez es acomodado este jiro, como en el *exiguus mus* que hace recordar el *ridiculus mus* de Horacio. Compárese con esta recitacion la de Maury, que nos da *silét nox, inbriferúm ver, rapidús sol, exiguús mús*, dejando sin acento i sin énfasis los sustantivos mas importantes de cada frase, i convirtiéndolos en meros enclíticos. I obsérvese que estos versos son todos de Virjilio, i se encuentran en la mejor i mas pulida de sus obras, las Georgicas, a cuyo primer libro hemos querido limitarnos para no cansar al lector. Si recorriésemos todos los otros libros de este admirable poema, i todas las otras obras de Virjilio, i las de todos los escritores del siglo de oro de la poesía romana, presentaríamos una larga lista de ejemplos semejantes a los anteriores. Imposible parece que el autor de *Espero* i *Almedora* fuese sordo al encanto que la gran variedad de cadencias presta al exámetro latino, pronunciado segun las reglas de la escuela clásica.

Pero volviendo a la falta de dicciones agudas de la lengua latina, pronunciada segun los preceptos de los antiguos gramáticos i las tradiciones de la escuela clásica, observaremos en primer lugar que la falta de dicciones agudas no se estiende a los monosílabos, muchos de los cuales requieren de toda necesidad un acento agudo, como *nox, ver, sol, mus, ars, pars, vos, dos, fax, lis, nos, pax, ros, tu, vis*, i una infinidad de otros; i en segundo lugar, que aunque no hubiese una sola diction aguda, no faltarian por eso sílabas agudas para los menesteres de la versificacion, cualquiera que fuese. El endecasílabo castellano, por ejemplo, pide un acento agudo en la sesta i la décima sílaba, o en la cuarta, octava i décima; i no hai dificultad para dársele por medio de una diction grave o esdrújula, como en estos versos de la *Circe* de Lope de Vega:

Cayó como la blanca flor de alhénia.
Volvióse luego en líquido rocío.
Mano de un mónstruo vengativo i fuerte.

Véase en los versos siguientes que pueden contarse entre los mas fluidos i armoniosos, la multitud de *silabas* agudas que puede proporcionarse el poeta sin valerse de ninguna *diction* aguda:

El álba apénas cándida despiérta.
Abriéndo flóres por el válle umbróso.

Esa supuesta repugnancia a la acentuacion sobre la última sílaba (pregunta Maury), “¿de dónde la sacó la lengua latina? ¿a quién la tras-

mitió? Ninguna de sus hijas la tiene; i su madre lo mismo dijo i dice *potamós que ánthropos.*” Permítaseme preguntar de la misma manera: ¿de dónde viene la repugnancia de la lengua francesa a los esdrújulos, cuando ni su madre la tuvo i ninguna de sus hermanas la tiene? Talves pudiera explicarse uno i otro fenómeno, si esto valiese la pena para el asunto de que se trata. Entre las varias afecciones i tendencias de las lenguas, segun los diferentes climas, costumbres i revoluciones que han influido poderosamente en ellas, se han visto i se ven discrepancias de mayor bulto que las precedentes, sea que se atienda a los sonidos de que se componen las palabras o a las ideas que expresa; i muchas de estas discrepancias seria difícil o acaso imposible explicarlas. Maury imagina que todos los idiomas han sido vaciados en un mismo molde, i nada es mas contrario a la naturaleza del lenguaje i a lo que nos revela su análisis.

No nos detendrémos ahora a desentrañar sus ideas sobre lo que llama ritmo, acerca de lo cual habria mucho que decir, i a que nos proponemos dirigir la atencion de nuestros lectores en otra ocasion.

Maury exige que cada pié del exámetro latino principie por una sílaba acentuada, es decir, aguda, sin echar de ver la consecuencia que de esta especie de ritmo resulta, i es, que una misma palabra debe variar de acento segun la situacion en que se halla. Para demostrarlo bastará comparar las siguientes terminaciones de exámetro, acentuadas segun el sistema de Maury. Por ejemplo, *facti* llevaria el acento sobre la primera sílaba en

Dux fémina fácti (Virj.)

i sobre la segunda en

Facti dè nómine Byrsam (id.)

Venit (pret.) llevaria el acento sobre la primera en

Lavinia vénit (Virj.)

i sobre la segunda en

Venit jam cárminis ætas (id.)

Lumen llevaria el acento sobre la primera en

Cæli spirábile lúmen (Virj.)

i sobre la segunda en

Lumén terebrámus acúto (id.)

Noctes llevaria el acento sobre la primera en

Sine sídere nóctes (Virj.)

acentuaría la segunda en

Noctés non déficit húnor (id.)

El poeta, pues, pronunciaba *fácti* o *factí*, *vénit* o *venít*, *lúmen* o *lumén*, *nóctes* o *noctés*, i esto perpetuamente i con la mas completa libertad, trasladando el acento de una sílaba a otra para formar lo que Maury apellida ritmo. Podría, pues, colocar el acento agudo en cualquiera sílaba que le viniese a cuento. Es como si en castellano se pudiese decir indiferentemente:

o bien

Cuyas ovejas al cantar sabroso

Cuyas ovejas al sabroso cántar,—
El viento que en los árboles murmura,
El viento que murmurara en los árboles.

I he aquí como por esquivar una dificultad caemos en otra infinitamente mas grave, i por asimilar el ritmo antiguo al moderno se atribuye a los poetas griegos i romanos lo que no puede tener nada análogo en nuestra versificación, ni en la de pueblo alguno.

I lo bueno es que esta variedad en la acentuacion de una misma palabra debe ocurrir, si se adopta la teoría de Maury, hasta dentro de una misma sentencia.

Crudélis matér mages án puer ímprobis ille?
Ímprobis ille puér, *crudélis* tú quoque *matér* (Virj.)

i hasta ea un mismo verso

Innocuós *umbós*, cultores núminis *ámbos* (Ovid.)
Nescís, temerária, *nescis*, (id.)
Nec prosunt dominó que *prósunt* ómnibus ártes (id.)

como si dijéramos en castellano,

Mueve las álas, las alás lijeras,
Zéñiro blando, bullidor zeñiro.

¿Puede imaginarse una práctica mas repugnante al oído, o por mejor decir, mas absurda? Una de dos: o las palabras no tenían acentuacion alguna fija, i era dado a los poetas acentuarlas como se les antojase, o bien teniendo acentos determinados en el habla comun, era dado a los poetas dislocarlos a su arbitrio. En una i otra hipótesis es menester decir que en el verso griego i latino se desatendia de todo punto lo que, segun Maury, forma la esencia del ritmo, que consiste en los acentos naturales de las palabras. I de este modo el empeño de identificar dos sistemas rítmicos diferentes, viene a parar en hacerlos contrarios e inconciliables. Se rechaza la idea de un ritmo que no esté fundado, como el nuestro, sobre la distribucion de los acentos, i se

abrazo como racional i filosófico la idea de un ritmo fundado en la total subversion del acento.

Otra consecuencia del sistema de Maury es la necesidad de dejar sin acento agudo muchas palabras que precisamente deben tenerlo. Por ejemplo, en estas terminaciones de exámetros:

trahit húmida lína,
Paterípse coléndi,
labor ómnia víncit

quedan sin acento agudo i sin énfasis palabras tan importantes como el verbo *trahit*, el sustantivo *Pater* (el padre de los Dioses, Júpiter), i el sustantivo abstracto *labor* que figura como sujeto de una grave sentencia.

Pero lo mas singular de todo es que el señor Maury haya citado en apoyo de su sistema la autoridad de San Agustin, que precisamente lo echa por tierra. Copiaremos las palabras de Maury, segun las leemos en la Revista de Madrid de octubre de 1841.

“Ofrécenos la versificacion latina un ejemplo bastante curioso en la prueba que se cuenta hizo con un amigo suyo el ingenioso Doctor San Agustin. Alteremos, como lo hizo el santo, el verso virjiliano

Arma virumque cano Trojæ qui primus ab oris,

escribiendo *primis* en lugar de *primus*:

Arma virumque cano Trojæ qui *primis* ab oris,

se faltarà a la medida i con todo eso quedará satisfecho el oido: el verso tendrá sin grave inconveniente una cuarta parte de tiempo mas de lo que requiere la regularidad establecida: diferencia imperceptible, i que tampoco debia ser de mucho momento para los mismos latinos, i así lo demuestra el haberse contentado el amigo del Santo humanista con el verso alterado (segun la *anécdota* lo relata) sin chocarle nada la alteracion meramente métrica. Mas cuando oyó pronunciar aquel mismo verso acentuando *primis* en *nús* entonces exclamó: *Nunc vero me offensum*; como que esto era ya descomponer el ritmo.”

Esa famosa prueba de San Agustin ha sido una piedra de tropiezo para varios escritores que, como el señor Maury, han querido apartarse de la doctrina de los gramáticos acerca de la versificacion clásica: uno de ellos fué el abate napolitano Scoppa, que a principios de este siglo dió a luz un difusísimo tratado sobre *los verdaderos principios de la versificacion*, lleno de contradicciones i errores.

Ese famoso experimento no es materia de anécdotas ni de tradiciones, como supone Maury, sino doctrina expresa i auténtica del mismo Santo Doctor. El paseje se encuentra al principio del libro segundo del tratado *De Música*, escrito en forma de diálogo, no entre San Agustín i un amigo sino entre un maestro i su discípulo; i traducido fielmente (interpretando las observaciones que sujere) es como sigue (1):

“*Miestro*. Pregunto ahora si el sonido de los versos ha deleitado alguna vez tu oído?

“*Discípulo*. Muchísimas veces; casi nunca he oído recitar verso alguno que no me cause placer.

M. I si alguno en el verso que ha producido una impresion agradable en tu oído alarga o abrevia (*producat* vel *corripiat*) donde la razon del mismo verso no lo pide ¿sentirás igual deleite?

D. Antes no puedo oírlo sin desagrado.

M. No es posible pues dudar, que en el sonido con que te deleitas, es cierta medida de números lo que causa el deleite, perturbada la cual no puede producir ese placer en tu oído.

D. Claro está.

M. Dime pues ahora, por lo que toca al sonido del verso, que diferencia encuentras en que yo diga:

Arma virumque cano Trojæ qui primus ab crîs, o primis ab oris?

D. A mí a la verdad por lo que toca a la medida me suena lo mismo.”

Ahora bien, dice Scoppa, la última de *primus* es breve i la última de *primis* larga; luego lo largo i lo breve no importan nada para el oído en la medida del verso: Maury no va tan léjos: aunque reconoca que *primis* (como es la verdad) se pronunciaba en una cuarta parte mas de tiempo que *primus*, cree con todo que esta diferencia no era de mucho momento para los latinos, i que por eso al amigo del Santo no le disonó la substitucion de *primis* a *primus*. Pero Scoppa i Maury erraron en la interpretacion de este hecho, i es San Agustín quien va a demostrarlo.

“Pues eso” (el no haber notado el discípulo diferencia en la medida del verso) “ha provenido de mi pronunciaciôn” dice el maestro (mea pronuntiatione factum est): “en élla he cometido lo que los

(1). Nuestros lectores pueden consultar para su satisfacciôn la tercera ediciôn veneciana (1807) conforme en todo con la de los Monjes Benedictinos de la Congregaciôn de San Mauro, que es bien conocida en Santiago. El pasaje a que aludimos comienza por las palabras: *Illud nunc puero*.

gramáticos llaman *barbarismo*, porque *primus* consta de larga i breve, i en *primis* ambas sílabas deben pronunciarse largas; pero yo *abrevié* la segunda de ellas; i por eso no ha extrañado nada tu oído. Repetiré pues el mismo verso en que cometí *barbarismo*, i la sílaba que antes abrevié, para que no se ofendiesen tus oídos, la alargaré ahora, como los gramáticos lo exigen, i tu me dirás si la medida del verso produce en tus sentidos el mismo halago que ántes.” El maestro pronuncia largas las dos sílabas de *primis* en el verso citado, i el discípulo exclama:

“Ahora no puedo negar que encuentro no sé que desagradable deformidad en el sonido: (*nescio qua soni deformitate me offensum.*)”

M. I no sin razón; pues aunque no se haya cometido barbarismo, se ha incurrido en un vicio que la Gramática i la música deben condenar a la vez; la Gramática, porque donde era necesario una sílaba breve se ha puesto una larga; i la música porque donde se requería vocal breve (no importa cual) se ha colocado una que debe por precisión alargarse, i no se ha empleado aquel justo tiempo que la medida del verso pedía.”

Es imposible negar que el Santo Obispo de Hipona se refiere en ambos experimentos al oído, i así lo expresa, no una, sino repetidas veces en este breve pasaje. Si se hubiera variado el acento, diciendo *primis* en lugar de *primus*, ¿cómo hubiera podido decir el discípulo que ambas formas de la palabra le sonaban lo mismo (*idem sonat*)? Tampoco ha variado la cantidad silábica; pero ¿por qué? porque el Santo, para el objeto que se propone en el primer experimento ha incurrido a sabiendas en un vicio, abreviando la sílaba *mis* (corripui) de que resultaba que *primus* i *primis* se hicieran equivalentes, constando uno i otro vocablo de larga i breve, i que el discípulo, consultando su oído, no encontrase diferencia (*idem sonat*). Explicada la causa de esta identidad pasa al segundo experimento, alargando el *mis* i dándole por consiguiente una cuarta parte mas de tiempo que el que la Gramática i la música prescribían. En efecto el quinto pié del exámetro pide por lo regular un dáctilo, que consta de una sílaba larga i dos breves, i siendo *ab* una sílaba breve, se sigue forzosamente que *primus ab* proporciona con toda precisión el dáctilo requerido; al paso que en *primis ab* tendríamos dos sílabas largas, equivalentes a cuatro breves, i ademas otra breve, combinacion que no podía ménos de disonar al discípulo, que no encontraba en ella la medida de tiempo que su oído instintivamente aguardaba (*Omnium longitudinum et brevitatum in sonis iudicium, ipsa natura in auribus nostris collocavit*). Esto es claro como la luz.

“Estas largas i breves de la lengua latina que nos han dado tanto tormento,” dice Maury, “asunto que hemos creído el principal i aun el único de la versificación clásica, venimos a parar en que no era mas que un elemento secundario, un accesorio sin entidad propia, o bien un delicado medio de percepción. I ya hubiéramos podido no atribuirle aquel carácter absoluto con reflexionar algo mas en las licencias, que permitiéndole emplear, ya larga por breve, ya breve por larga, se le concedían en esta parte al versificador latino.” Esto último pudiera hacernos sospechar que no atormentasen mucho al señor Maury las largas i breves de la lengua latina. Mas familiarizado con ellas hubiera visto que esas licencias estaban limitadas a mui poca cosa, i sometidas ellas mismas a reglas. Si era tan arbitrario, tan poco fijo, tan licencioso el uso de los poetas en esa parte ¿de dónde viene que hubiese tantas palabras, que por la constitucion de sus largas i breves no podían tener cabida en el exámetro latino? ¿por qué no se encuentran en él *plenitudo*, *solitudo*, *Imperator*, *veritas* i otros muchos vocablos, siendo tan importantes las ideas que por ellos se expresan i tan apropiados aun para la mas alta poesía? ¿Quién hubiera imaginado *a priori* que *veritas* no se halle una sola vez, aun en poemas filosóficos i didácticos, escritos en puros exámetros, como los seis libros de Lucrecio, las Sátiras i Epístolas de Horacio etc.? Mas no hai necesidad de referirnos a vocablos particulares, pues por regla jeneral no admite el exámetro (ni tampoco el pentámetro) dicciones en que haya una breve entre dos largas; a menos de recurrir al arbitrio desesperado de partir la dicción, haciendo que la sílaba breve coincida con el final del verso (donde cualquiera sílaba podia ser indiferentemente larga o breve) i pasando el resto de la dicción al principio del verso siguiente: *solitudo*, *veritatem*: práctica, sin embargo, rarísima i que pasaba por irregular e inelegante.

Quisiéramos que el señor Maury nos hubiese explicado los versos con que principia la Epístola de Ovidio a Tuticano (Ex Ponto. IV, 12). El nombre de Tuticano era cabalmente una de esas dicciones que el exámetro i el pentámetro excluyen a la par, porque *ti* es breve, *tu* i *ca* largas; i en las epístolas de Ovidio alternan constantemente el exámetro i el pentámetro. ¿Qué hará pues el poeta para dar a conocer la persona a quien escribe? Los medios ingeniosos de que se vale confirman lo que Jejo dicho. “Mis libros” dice en sustancia a su amigo, “no pueden dar lugar a tu nombre por las sílabas de que este se compone, pues me sería vergonzoso partirlo entre dos versos, i tampoco

podria abreviar la sílaba *tu*, ni alargar la sílaba media *ti*, ni abreviar la tercera *ca*, sin hacerme ridículo;” i termina este pasaje diciendo:

His ego si vitiiis ausim corrumpere nomen,
Ridear, et merito pectus habere neger.

¿Son inteligibles las dificultades que encuentra Ovidio para colocar en sus versos el nombre de Tuticano, dificultades que llama insuperables *est nulla via*, si fuese lícito al versificador latino, como supone Maury, alargar lo breve, i abreviar lo largo?

Lo que hemos dicho relativamente al exámetro se aplica a las demas especies de versos que este caballero se propuso sujetar a su desgraciado sistema acentual. El acento tuvo sin duda cierta influencia en la versificacion latina, pero no la que supone Maury. Los gramáticos mismos la dieron a conocer indirectamente por medio de lo que llamaban *cesuras*, que tenian por objeto indicar las cadencias mas agradables que podian hacerse oír en los versos, i particularmente en el exámetro, estableciendo en él ciertas divisiones en que tenia mucha parte el sentido de la oracion.

LITERATURA. Poema del Cid.—Carta del finado señor don Andrés Bello al Secretario de la real Academia española, don Manuel Breton de los Herreros.

Santiago de Chile, 18 de junio de 1863.—Exmo. Señor.—Muy señor mio. Per los papeles públicos acabo de saber que la real Academia española se ocupa en varios trabajos importantes, relativos a la lengua i literatura nacional; i dos de ellos me han llamado particularmente la atencion, es a saber, un *Diccionario de voces i frases anticuadas*, i una nueva edicion del *Poema del Cid*, con notas i glosario.

Habiendo pasado una gran parte de mi larga vida en estudios de la misma naturaleza, me ha ocurrido la idea, talvez presuntuosa, de poder ofrecer a la real Academia indicaciones que pudieran ser de alguna utilidad para los objetos que con tanto zelo i tan seguro beneficio de las letras castellanas se ha propuesto ese sabio cuerpo.

Por lo que toca al *Diccionario*, creo que uno de los medios mas a propósito para facilitar su formacion es el que proporcionan ciertas versiones *literales* de la Vulgata al castellano de los siglos XII o XIII citadas por el padre Scio en las notas a su traduccion de la Biblia.